

Página lírica

de María Enriqueta

=Del tomo *Rumores de mi huerto. Rincones románticos*, por MARÍA ENRIQUETA. Imprenta de Juan Pueyo, Madrid, 1922.

Dos libros más que la fina y delicada poetisa mexicana ha tenido la bondad de remitirnos y que tanto le agradecemos: *Sorpresas de la vida* (Novelas). «Virtus». Buenos Aires; y *El secreto* (Novela). Editorial AMÉRICA. Madrid. Algunas de las novelas se reproducirán en este semanario.=

Petite chanson

En esa tarde
triste y glacial,
de oscuro cielo
cual turbia mar,
cuantos cruzaron
la soledad
del viejo parque
y en muda paz
me sorprendieron
junto a un rosal
que nadie ha visto
dar flor jamás,
pero que, amante,
su sombra da
al banco donde
fui a meditar,
de mí dijeron
con gran piedad:
—«En ese banco
¡qué sola está!...»
Y cuando luego
fuíme a vagar
por la ancha senda
donde no más
rompe el silencio
del encinal
la voz doliente
de la torcaz
que entre los árboles
buscando va
perdidos bienes
que no ha de hallar,
unos amantes
que oyendo están
la triste queja
de la torcaz,
cuando junto a ellos
me ven pasar,
a un tiempo dicen
con tierno afán:
—«¡Ay! por la senda
¡qué sola va!...»
¡Oh, dulce amigo!
tú y yo no más
sabemos toda
la realidad...
Cuando la senda
voy a cruzar,
no es sino engaño
mi soledad:
yo sé que tu alma
conmigo va...
Y cuando al banco
voy a soñar,
no estoy tan sola
bajo el rosal;
tu alma y la mía
juntas están...

Sendero olvidado

¡Olvidaste la vereda
que conduce a mi cabaña!...
Entre la oscura arboleda
de esta escondida montaña,
mi alma triste y huraña
a esperar la Muerte queda...
Ella, en otoño o verano,
tarde quizás, o temprano,
aunque esté, cual hoy, alerta
junto a la choza, el alano,
vendrá a llamar a mi puerta.
—como llamaba tu mano—.
Saldré a su encuentro, de prisa,
tal vez con una sonrisa
de las que eran para ti...
Y verá la aparición
al perro, junto de mí,
más fiel que tu corazón...
Y partiremos después,
y con la hoja que rueda,
marcharemos, ¡ay! los tres
por esa larga vereda
que recorrieron tus pies...

Méjico.

Mi carta

... Y la cierro, y en el sobre,
tras guardarla sonriendo,
escribo estas dulces frases:
«En su país, a mi dueño.»
Y después, enternecida,
la miro, le doy un beso,
la pongo en mi corazón,
y se la doy al cartero!
—¡Llévala al punto!—le digo.—
Llévala con todo empeño,
y cuida por las veredas
que no se la lleve el viento...
Si está serena la tarde,
cruza, veloz, los senderos;
no pases al ventorrillo
para pedir vino añejo,
que pueden correr las horas
charlando con el ventero.
¡Hazte cargo de mi angustia!
¡Ve de prisa, te lo ruego!
Pasa sin temor los vados,
sube las cuestas ligero,
no descances a la orilla
de los claros arroyuelos:
y si al cruzar por el bosque
te sorprende el aguacero,
entonces... bajo los árboles
aguarda un solo momento.
Cuida que el agua no llegue
hasta ese sobre pequeño,
que basta una sola gota
para borrar el letrero...

Y después, por las veredas
del bosque, sigue de nuevo,
sin descansar un instante,
sin detenerte un momento.
Y cuando baje la noche
con su solemne silencio,
no temas al asesino
que se oculta tras los setos,
continúa la jornada,
ve entre la sombra sin miedo:
dicen que un ángel piadoso
acompaña a los viajeros...
¿Oyes?... Pues bien: ¡a llevarla!
¡a llevarla con empeño!
¿Adiós, dices?... No, de prisa
márchate y vuelve... ¡Hasta luego!
¡Oh, mi carta! Vuela errante
por ignorados desiertos...
Allá va... cruzando montes
y sendas y vericuetos...
Allá van por los caminos,
errantes, mis pensamientos...
Vuelan hacia extrañas tierras,
hacia otros climas... ¡Muy lejos!...
Y mientras huyen, veloces,
yo pensativa me quedo...
¿Se habrá llevado mi carta
la corriente de un riachuelo?
¿Olvidada en una piedra
la habrá dejado el cartero?
¡Oh, quién sabe!... En las posadas
acaso la habrán abierto...
Acaso en estos instantes
alguien la estará leyendo,
y acaso... ¡acaso la estrujen
y la arrojen hacia el suelo!...
¡Ah! tal vez el remolino
entre el polvo la haya envuelto...
O tal vez hecha pedazos,
los desiguales fragmentos
como rotas alas giren
arrastrados por el viento!...
Y... ¡quién sabe! acaso... acaso
rendido ya, sin alientos,
al cruzar entre las breñas
haya caído el cartero...
Y acaso... de sed y hambre
esté allí tendido y muerto...
¡Oh! ¡cuántas dudas funestas
se albergan en mi cerebro!
¡Cuántos temores me asaltan
después que mi carta entrego!
Tras ella se va mi mente
cuando de vista la pierdo;
y pienso en ella en el día,
y por la noche... la sueño,
errante... por los caminos...
entre los bosques espesos,
por carreteras torcidas...
por sendas y vericuetos...

Nuevo Laredo.